

*El concepto aristotélico de βιβλιοθήκη y la actualización del término según Plutarco**

Santiago GONZÁLEZ ESCUDERO
Juan José RIAÑO ALONSO

Universidad de Oviedo

Resumen

En este artículo intentaremos demostrar que precisamente una aparente confusión de Plutarco, desconocemos si intencionada o no, nos puso en contacto con el sentido ordinario que el término βιβλιοθήκη tendrá posteriormente hasta la actualidad. Llegar a esta conclusión supone un detallado análisis de la fundación de la Biblioteca de Alejandría atendiendo a su punto de partida desde la aplicación de la filosofía aristotélica a la configuración no sólo de un espacio ordenado para libros sino de un ámbito imaginario de lectura desde el que se establece el mundo de relaciones helenístico. Este monopolio que, como industria del libro, nace y se desarrolla con la filología alejandrina, por obra de Calímaco y sus *Pínakes* se convierte en una “guía” platónica para la generalización de la biblioteca como una entidad de posible reproducción en cualquier parte, cambiando así el primitivo sentido del término e incluso su función restringida a un solo lugar. Finalmente, un análisis preciso de la frase de Plutarco nos confirmará en esta interpretación.

Palabras clave: Biblioteca, βιβλιοθήκη, Biblioteca de Alejandría, bibliotecario, Calímaco, *Pínakes*

Abstract

The aim of this paper is to prove how what is apparently a mistake made by

* Los autores quieren expresar su reconocimiento a todos los que han leído el original y les han hecho llegar sus sugerencias, porque éstas han servido para corregir erratas y defectos que, de otra manera, hubieran perjudicado notoriamente tanto el contenido del artículo como su expresión.

Plutarch, whether deliberate or not, in his reference to the arson attack of Caesar's soldiers in Alexandria as the end of the famous Library, show us the common sense of the term "bibliothēke" from that time up to now. Coming to this conclusion has required a detailed analysis of the Library of Alexandria since its birth applying Aristotelian doctrine to its configuration not only as an organized space for books but also as an imaginary reading room from which the hellenistic world of relations is established. In a second approach, we focus the attention on the change occurred in this collection with the introduction of alphabetical order and, then, with the philological activity of Callimachus. As a result of his *Pinakes*, the platonic concept of *daimon*, "guide", became the first characteristic of a philologist or librarian. Using the information ordered in the *Pinakes* anybody could be a librarian and find a library anywhere. The old *megále bibliothēke* of Alexandria remains only with the idea of the conservation of original papyrus. This is the reason of the enigmatic sentence of Plutarch announcing the end of this situation caused by the action of the fire.

Keywords: Library, *bibliothēke*, Library of Alexandria, Callimachus, *Pinakes*

1. Introducción

De algunas fuentes, como Séneca, Aulo Gelio, Dión Casio, Amiano Marcelino, Orosio y Plutarco, se desprende la idea de que, en época de César, durante la Guerra Alejandrina (48-47 a.C.), se produjo un incendio que afectó a la biblioteca fundada por los Ptolomeos en la capital egipcia dos siglos y medio antes. Todos estos escritores, a excepción de Plutarco, hablan de pérdidas más o menos notables en la colección de rollos reunida por los reyes greco-macedonios de Egipto o del estrago que el fuego habría causado en dependencias próximas al puerto, donde habría edificios que contenían papiros. Para la gran mayoría de las fuentes se habría tratado de pérdidas materiales graves. Únicamente el autor de *Vidas* podría mencionar de modo explícito la destrucción de la gran Biblioteca de Alejandría y no sólo un descalabro parcial.

De la información aportada por los escritores citados se desprende lo siguiente:

a) Hubo una pérdida notable de rollos a causa de un incendio, pero la Biblioteca como tal, es decir, la institución ptolemaica de Alejandría, sigue existiendo después de tan desgraciado suceso.

b) Plutarco se desliga del resto de autores grecolatinos y habla de la destrucción de la Biblioteca, como si ésta hubiera quedado reducida a cenizas para siempre.

Un estudio pormenorizado de las fuentes nos lleva a concluir que las alusiones a este suceso en Séneca y Orosio dependen posiblemente del libro CXII de Tito Livio, hoy perdido¹. Séneca, en *De tranquillitate animi*, IX, 5, proclama que en Alejandría se quemaron 40.000 libros (“quadraginta milia librorum Alexandriae arserunt”), idea que repite Pablo Orosio de Braga en *Historiarum adversum paganos*, VI, 16, 31-33. Por su parte, Amiano Marcelino, XXII, 16, 13, y Aulo Gelio, VII, 17, 3, aportan una información similar a la anterior, pero incrementan el número de rollos desaparecidos en este desastre hasta 700.000. Amiano Marcelino parece confundir la Biblioteca con los libros que se encontraban en el Serapeum, templo destruido por un incendio en esta época, al que apunta en este pasaje, prueba evidente de que las cosas no parecían verosímiles de otra manera. Aulo Gelio expresa con claridad que la devastación afectó a los rollos adquiridos o copiados en Egipto bajo la dinastía Lágida (“ingens postea numerus librorum in Aegypto ab Ptolemaeis regibus vel conquisitus vel confectus est ad milia ferme voluminum septingenta”), o lo que es lo mismo, que la colección de papiros de la Biblioteca fue pasto de las llamas en su totalidad. Dión Casio, XLII, 38, 2-5, en cambio, alude a la destrucción de los almacenes (ἀποθηκὰν) del puerto, algunos de los cuales contenían rollos, pero no se pronuncia sobre el motivo por el que los papiros se encontraban en ese momento en un emplazamiento tan peculiar. Por su parte, Plutarco, en *Vida de César*, XLIX, 3, 2-3, parece indicar claramente que un fuego iniciado por los romanos acabó extendiéndose a la gran biblioteca destruyéndola (ὄσκαὶ τῆς μεγάλῃς βιβλιοθήκης ἐκ τῶν νεωρίων ἐπινεμόμενον διέφθειρε).

Así pues, la cuestión que se plantea es averiguar qué relación hay entre la Biblioteca de Alejandría y los almacenes del puerto y, en especial, comprobar si el problema que subyace en estos textos no sería de otra índole, a saber: si ya el término *bibliōqhkh* habría pasado a ser una denominación común no aplicable en exclusiva a un establecimiento determinado, en concreto el dedicado a conservar y organizar textos sito en el palacio real de la capital egipcia. Lo que queremos dejar asentado es que una pérdida significativa de rollos habría implicado que la Biblioteca dejaba de desempeñar el papel, como se sabe fundamental, que hasta entonces había representado en el mundo helenístico. Papel que, por otra parte, estaba perfectamente definido y que incluso era conocido más allá de los límites del propio establecimiento y del catálogo de sus colecciones. O sea, que la función primitiva de la Biblioteca de Alejandría, como única referencia en la industria del libro y en la organización de la lectura, habría perdido su exclusividad, toda vez que una actividad similar a la instituida y desplegada por ella ya pudiera ser generada en cualquier otro lugar y sin conexión alguna con la antigua fundación. En tal caso, en la capital egipcia permanecería la colección originaria de antiguos manuscritos, que

¹Así lo reconoce Fraser (1972: I, 334 y s.).

ya no son lo mismo que “libros”, y probablemente gran parte de la producción filológica alejandrina. En esta colección es en donde se habría cebado el incendio, disminuyendo, por tanto, el tamaño impresionante de la misma, lo que, en un momento en el que ya es posible construir cualquier otra, significaba acabar con el magisterio que la Biblioteca ejerció en el mundo antiguo. A la hora de examinar el motivo de la disparidad de los testimonios de los escritores grecorromanos sobre este suceso, salta a la luz la indudable originalidad de un establecimiento como la Biblioteca de Alejandría en el ámbito cultural heleno de la época, pero conviene tener en cuenta que el mundo en el que se movían los escritores citados, al contrario que el nuestro, estaba lejos de estar familiarizado con las bibliotecas como instituciones con unas actividades y una configuración bien definidas. En este artículo intentaremos demostrar que precisamente una afortunada, y aparente, confusión de Plutarco, desconocemos si intencionada o no, nos puso en contacto con el sentido ordinario que el término biblioteca tendrá posteriormente. Pero antes debemos enmarcar el contexto del mundo del libro y de las bibliotecas de la época.

2. Las colecciones de textos en la Antigüedad griega

Como se sabe, Grecia estableció y mantuvo lo que podemos denominar simples “colecciones de obras escritas” en una etapa relativamente tardía de su historia. Al contrario de lo que pasó en otras civilizaciones antiguas, la griega experimentó durante un período de tiempo más dilatado la transmisión oral del saber y de la literatura. Las primeras colecciones griegas de manuscritos, que se remontan aproximadamente al siglo V a.C., deben ser consideradas más bien pequeños conjuntos de rollos de carácter particular y privado². De manera que la Biblioteca de Alejandría, fundada por Ptolomeo I y potenciada por su hijo Ptolomeo II y sus más inmediatos sucesores, fue una institución radicalmente original para los griegos que favoreció notablemente la implantación definitiva de la cultura escrita en el mundo antiguo. Ni que decir tiene que el hecho de reunir recopilaciones de tablillas y papiros en lugares similares a lo que hoy entendemos por archivos no fue una invención atribuible a los griegos, sino a los pueblos mesopotámicos. Pero los archivos no tienen más finalidad que ayudar a la memoria del escriba, que colecciona y ordena documentos según criterios funcionales que nada tienen que ver con un supuesto espacio imaginario denominado “cultura”, “literatura”, “educación”, etc., con una esen-

² Entre ellas, cabe citar las del trágico Eurípides, Euclides, arconte de Atenas en 403-402, Nicócrates de Chipre (Ateneo, I, 3a), el adivino Polomeneto (Isócrates, XIX, 5) y, según Jenofonte (*Mem.*, IV, 2, 1), la librería de Eutidemo, discípulo de los sofistas. Hay que desestimar la creencia de que las primeras bibliotecas griegas se establecen en la época de Pisístrato, ya que en esas fechas el hábito lector no se había desarrollado en Grecia lo suficiente.

cia propia y destinado a favorecer la formación general. Esto fue lo que sucedió en Alejandría, mientras que la práctica de los escribas se encaminaba a la utilización de informaciones concretas en momentos dados³.

El antecedente más próximo a la fundación de los Ptolomeos que podemos encontrar es la colección de manuscritos reunida por Platón en la Academia, íntimamente relacionada con el desarrollo de sus doctrinas, sobre todo las matemáticas⁴. Si bien esta colección no aparece directamente avalada por las fuentes clásicas, no se tiene ninguna duda, en cambio, de la formada por Aristóteles en el Liceo⁵, sobresaliente sin duda en documentos sobre legislación y costumbres. Pero aún así existen diferencias esenciales entre las citadas colecciones y lo que fue el establecimiento instituido en Alejandría. Mientras que éste fue una fundación real, las librerías de Platón y de Aristóteles fueron fruto de una iniciativa privada de tamaño insignificante en comparación con la colección de rollos reunida por los Lágidas. Con todo, la Biblioteca que estos reyes crearon en la capital egipcia heredó algunos atributos que se hallaban presentes en sus equivalentes de ambas escuelas filosóficas.

3. ¿Hubo colecciones de textos con anterioridad a la de Alejandría?

La suposición de que las colecciones de Platón y de Aristóteles tuvieron un papel crucial en la invención de la biblioteca resulta perfectamente explicable⁶. Ahora bien, dado que las Escuelas de filosofía primaban la continuidad de la actividad docente de sus discípulos y la difusión del pensamiento filosófico, las recopilaciones de manuscritos de Platón y de Aristóteles deben considerarse “laborato-

³ En esta actividad destacaron los pueblos mesopotámicos. Las reuniones de tablillas micénicas, escritas en griego y conservadas gracias al incendio de los palacios al final de esta etapa histórica, confirman la existencia de almacenes de documentos en los que los escribas consignaban anualmente los datos administrativos. Las tablillas eran disueltas una vez al año para aprovecharlas con datos nuevos. Véase Chadwick (1973: 87-97).

⁴ D.L., III, 9, 2 y Aulo Gelio, III, 17, 3 hablan de la suma pagada por Platón por tres obras de Filolao y el primero recuerda (III, 66) que los diálogos se podían consultar en la Academia previo pago de una tasa.

⁵ Según D.L., V, 52, 8, Teofrasto, que tenía en su poder dicha colección, dejó sus libros a Neleo. Estrabón, en su *Geografía* (XIII, 1, 54), transmite la noticia de que el Estagirita formó una gran colección de rollos en el Liceo.

⁶ La idea no es, en sí, original. Desde Wendel y Göber (1955²: III, p. 64) hasta Reynolds y Wilson (1986: p. 17), algunos investigadores han opinado de modo similar. También Pfeiffer (1981: p. 131) que, como muchos, concede mayor protagonismo a la biblioteca de Aristóteles que a la de Platón. Vleeschauwer (1963: p. 61), por su parte, resta toda importancia a este última. Sin embargo, la mayoría de estos autores creen que la influencia de Platón y Aristóteles sobre las bibliotecas helenísticas se debe únicamente a la circunstancia material de haber coleccionado textos escritos y de haberlos usado para sus estudios. Hasta donde sabemos, Schmidt (1922: p. 29) es uno de los pocos en escapar de esta tendencia.

rios editoriales”,⁷ destinados a elaborar y transmitir la doctrina de cada escuela, más que bibliotecas según entendemos éstas en la actualidad. En efecto, lo que hoy denominamos producción y comercio del libro fue prácticamente inexistente en la Grecia clásica: en su día la Academia y el Liceo impusieron su modelo en la forma de coleccionar textos y en el uso de los mismos como base para la formación, lo que redundó positivamente en la generalización de la lectura. Las directrices de estas escuelas sirvieron también para confeccionar los textos que aseguraban la permanencia, la continuidad y la difusión del pensamiento de académicos y peripatéticos. Sin embargo, este proceso no es, ni con mucho, tan elemental como ahora pudiera parecernos a nosotros, acostumbrados a la relación directa entre el texto y el conocimiento de una doctrina. Sobre este punto parece especialmente significativo un pasaje de Antígono citado por Diógenes Laercio (III, 66). En él se afirma que las obras de Platón se podían “alquilar” mediante una suma determinada para ser leídas en la Academia⁸. La relación entre texto y doctrina era especialmente notoria en el Liceo, donde resultaba imprescindible conocer de primera mano los escritos de los autores que precedieron a Aristóteles, no sólo para valorarlos convenientemente, sino para también fundamentar las propias investigaciones, como atestigua *Sobre las refutaciones sofísticas*, 34, 183b.

Pues bien, de esta tradición son dignos sucesores los trabajos que se llevaron a cabo en Alejandría encaminados a obtener copias fieles, corregidas y cotejadas de los manuscritos, así como a facilitar su lectura mediante la transliteración, la introducción de métodos de puntuación y la utilización de signos críticos, por un lado, y la incorporación a los textos de glosas y comentarios, por otro. Hay que ligar esta actividad técnica vinculada a los escritos con la propagación de un tipo de lengua griega cuyo uso se estaba generalizando, la *koiné*; también con un cambio en la

⁷ Así los denomina Friedländer (1990: 97). Cf. la n. 3 de este magnífico estudio en la que Friedländer trae a colación un trabajo de U. von Wilamowitz-Möllendorff (*Gnomon*, 1928, 4: 362) sobre la *Carta VII* de Platón, de la que el filólogo alemán dice que fue “publicada naturalmente, como todo diálogo, por medio de la Academia”. Esta tesis ya había sido anunciada en el estudio *Antígonos von Karystos* (1965: 284-286). Cavallo (1989²: IX), que retoma la denominación, dice: “una biblioteca che doveva aver la funzione di deposito di libri (e fors’ anche “laboratorio” editoriale), non esaltata a sala di lettura/consultazione, giacché i libri si traslocavano e si adoperavano in qualsiasi ambiente l’attività della scuola ne rendesse necessaria l’utilizzazione allo scopo di discuterne, commentarne, riproporne o rielaborarne i contenuti”.

⁸ Este pasaje llama la atención de Wilamovitz (1965: 284-285): el verbo “gegen Geldentschädigung verliehen wurden” es la traducción de la frase “μισθὸν εἶλέει”, que él mismo recoge y considera muy probable (p. 122). Debe tenerse en cuenta que se está hablado de acceder a una obra que abarca toda la actividad de su autor sobre la materia y no exactamente a un libro, lo que había quedado claro cuando en el pasaje que comentamos se recuerdan previamente diversas anécdotas sobre los esfuerzos de Platón y la inversión de sumas considerables para reunir en la Academia información directa de diferentes doctrinas.

práctica y utilización de la lectura, que ya no se realiza en voz alta⁹ para dar pie a la discusión y el diálogo, como podía ocurrir entre las escuelas filosóficas o en la de Isócrates, sino que se lleva a cabo visualmente y en silencio, lo que convierte a esta actividad en un recurso ligado a la comprensión de un pensamiento. Así ocurrió entre los aristotélicos, para quienes la lectura implica el reconocimiento de la unidad que constituye una obra, cuyo comienzo, desarrollo y conclusión muestran la trama que se recorre con la vista. Ahora bien, esa “letra muerta”, como la había bautizado Platón (*Fedro*, 274e 4-275b 2; *República*, X, 599c-601b) precisa el concurso de especialistas que orienten y enfoquen adecuadamente el nuevo espacio de formación. Este espíritu propicia la aparición de una nueva técnica inmediatamente relacionada con los textos y los rollos de papiro, cuyo fin es proporcionar una versión definitiva y autorizada del contenido de los textos de manera que convierta al rollo en una “entidad” concreta y definida: aquello que se reconoce como obra de un autor. Este proceso, que no es más que la aplicación de la teoría aristotélica de la *ousía*, significa el nacimiento de la Filología y la aplicación del aristotelismo a la escritura, la lectura y el texto en general.

4. La invención de la Filología

La práctica filológica alejandrina tuvo dos consecuencias de importancia. En primer lugar, hizo accesible al hombre del Helenismo unos manuscritos que ya no eran de su inmediata comprensión y le hizo partícipe de la antigua tradición griega en tierras extrañas como el Egipto ptolemaico. No hace falta señalar el servicio que tal práctica prestó también a los monarcas Lágidas, ya que ligó a la tradición helénica una región situada en África, ahora gobernada por macedonios. En segundo término, la filología facilitó la existencia de ediciones canónicas de los autores y de los títulos que se consideraron más relevantes tras un severo proceso de selección de los mismos y de sus fuentes manuscritas. Estas ediciones fueron las que se difundieron mayoritariamente en el mundo grecorromano y salvaron de la desaparición

⁹ Recientemente, por ejemplo Svenbro (1998: *passim*), se ha tendido a poner en duda la importancia de la lectura vocal en la época clásica, remitiéndola a tiempos más arcaicos. Hace ya tres décadas, Bernard Knox. “Silent Reading in Antiquity”. En *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 9 (1968), pp. 421-435 [*apud* Svenbro (1998: pp. 77-78)] había probado la existencia de una “lectura silenciosa” a partir de noticias recogidas de los dramaturgos, como Aristófanes (*Caballeros*, 117-127) o Eurípides (*Hipólito*, 869-875). Svenbro refuerza esta tesis acudiendo a determinadas inscripciones, como las funerarias, que no parece lógico que fueran objeto de una lectura vocal (pp. 74-75). Pero no se pueden forzar los argumentos. Evidentemente, debió de existir una lectura silenciosa, como la que requería, por ejemplo, la búsqueda de una referencia concreta en un texto, pero esta práctica no dejaría de ser restringida –lo que el propio Svenbro admite (pp. 92-93)–, a causa, sobre todo, de la limitada alfabetización y del escaso hábito lector entre los griegos.

a numerosas obras que, de otro modo, no habrían llegado hasta nosotros. En fin, el esfuerzo de los filólogos y los bibliotecarios alejandrinos tuvo por objetivo establecer la tradición griega como literatura.

Pero la invención de los Ptolomeos debe sobre todo su originalidad a haber sido el primer establecimiento bibliográfico que rompe con las prácticas archivísticas habituales en la Antigüedad, donde la escritura servía sólo de recordatorio para la memoria de los escribas y de los administradores. En este sentido, dicha invención merece realmente el nombre de “biblioteca”. Alejandría no sólo albergó una reunión de viejos rollos de papiro que se iban corrigiendo paulatinamente, sino que, entre otras cosas, fue la primera colección ordenada de textos; así que la ubicación de éstos exigía a la vez encontrar una *táxis*, o punto concreto, y un *kósmos*, o ámbito general. Al resolver esta cuestión se abre una nueva esfera en la aplicación del saber o del pensamiento: se trata de la colonización de un espacio o del trazo de trayectorias que condicionan el modo de entender el mundo; probablemente hoy hablaríamos de formatear un disco de ordenador de manera que queden preparadas sus “pistas” de impresión del modo adecuado para introducir y recuperar datos.

5. La novedad del sistema clasificatorio

En la actualidad, cuando nos hallamos en una biblioteca no nos sorprende encontrar una agrupación de documentos ordenados bajo determinados criterios que facilitan la búsqueda y la localización de la información que precisamos. No ocurría de este modo para un griego anterior al siglo III a.C. Dado que el volumen de las primitivas colecciones griegas de rollos fue siempre escaso –se acomodaban en una pequeña estancia o, incluso, en un armario¹⁰–, la adopción de criterios de clasificación de los textos se hacía innecesaria y el modo de ordenación de los papiros debía de ser poco menos que aleatorio. Con todo, es preciso que diferenciamos entre un sistema de colocación o de ordenación, para el que en principio es válido cualquier punto de vista, y un sistema de clasificación apoyado en la agrupación de géneros y especies como consecuencia de una materialización filosófica del ámbito del conocimiento.

Tal vez la primera aplicación de un sistema clasificatorio proyectado deliberadamente habría tenido lugar tiempo atrás en la colección del Liceo, por cuanto que la diferenciación a que aludimos es el resultado de esta doctrina. No obstante, dado

¹⁰ Incluso depósitos de documentos más voluminosos, como los egipcios y, sobre todo, los mesopotámicos, carecían, hasta donde se sabe, de un criterio de organización. Dichos depósitos parecen ordenarse según la jerarquía de los dioses, a quienes se ofrendan los textos y de quienes son propiedad. Véase Gardthausen (1922: 17). En las instituciones de este tipo, el control de los documentos se confiaba a la pericia del bibliotecario.

el tamaño de esta colección –quizá no excediese los mil rollos–, dicho sistema debía de ser sucinto y posiblemente consistiese tan sólo en una división en grandes grupos temáticos a los que completaba una división cronológica¹¹. En un sentido estricto, no hubo antecedentes en Grecia de clasificaciones por géneros literarios con anterioridad al trabajo que realizó uno de los bibliotecarios de los Ptolomeos en la primera mitad del siglo III a.C.: Calímaco de Cirene, probablemente acuciado por el tamaño que había adquirido la librería real y deseoso de ocupar el prestigioso puesto de director de la Biblioteca, a la sazón vacante. En sus *Pínakes* agrupó a los escritores griegos que, como reza *La Suda* refiriéndose a este magno texto, fueron eminentes en cualquier género docente (*τῶν ἐν πάσῃ παιδείῃ διασημίων*) y a sus obras en 120 volúmenes. Las *Pínakes*, pues, son una especie de registro de destacados escritores griegos que incluía noticias biográficas, la producción bibliográfica de cada uno de los autores recopilados, el texto inicial de los títulos que recogía, y datos sobre la autenticidad de los manuscritos y su extensión, es decir, el número de rollos y de líneas que ocupaban. Se trata, así pues y en primer lugar, de una obra erudita que aportaba valiosas noticias sobre los manuscritos, el texto y los autores que comprendía. Al mismo tiempo, redactada a partir de los fondos de la Biblioteca, servía para guiarse en la colección de los Lágidas, para buscar las obras más notables y el ejemplar más adecuado y, en menor medida, para localizarlo por aproximación, ya que incluía un esquema clasificatorio que probablemente se asemejase al utilizado en la Biblioteca.

6. El “arte” filológico de las *Pínakes*

De todas maneras, no se puede ver en las *Pínakes* el catálogo de la Biblioteca, aunque pueda colegirse que constituyen un perfecto instrumento complementario por su organización ya que, además de señalar las coordenadas para la colocación de los rollos a que antes nos hemos referido, se sirven de los conceptos de “género” y “especie”, recogidos de la esfera aristotélica, como procedimiento determinante para entender el ámbito de la literatura y de los conocimientos. Sin duda alguna, a partir de esta obra de orientación no sólo fue posible fundar sistemáticamente bibliotecas sino también confeccionar programas de estudio y organizar los saberes.

Por desgracia, es imposible determinar la disposición original de las *Pínakes*. De los fragmentos que han sobrevivido¹² se puede deducir la existencia segura de cinco agrupaciones: oratoria, leyes, filosofía, historia y escritos misceláneos. Se

¹¹ Sobre la biblioteca de Aristóteles hay una información muy completa en Blum (1991: 61-63; 226-227) y en Wright (1978: 167, n. 211).

¹² Se ha manejado la edición de R. Pfeiffer. London, Oxford University Press, 1949-1953. Las *Pínakes* ocupan los fragmentos 439-453.

puede suponer que habría divisiones para la épica y los poetas no dramáticos, para el drama y, tal vez, para la medicina, las matemáticas y las ciencias naturales¹³.

¿Qué relación cabe establecer entre las *Pínakes* y la organización de la biblioteca alejandrina? Abundan los investigadores¹⁴ que opinan que la Biblioteca de Alejandría comprendía un conjunto de bibliotecas especiales más pequeñas, o secciones, para poder albergar y organizar adecuadamente la voluminosa colección de rollos. En el caso de que hubiese algún tipo de similitud entre la disposición de las *Pínakes* y la de los papiros en la Biblioteca no es posible decir cuál se adaptó a cuál. Es probable que el inventario original de la colección de rollos hubiese sido responsabilidad del primer director de la Biblioteca, Zenódoto de Éfeso, que se habría ocupado de identificar autores, títulos y contenido de los manuscritos ingresados masivamente desde la fundación de la librería real¹⁵. El mismo Zenódoto (la *Suda* señala escuetamente que fue el primer bibliotecario y preceptor de los hijos de Ptolomeo) y sus colaboradores habrían emprendido también la ordenación de los rollos en la Biblioteca, tal vez en grandes grupos temáticos poco definidos. Esta recopilación debía de ser imperfecta, dada la magnitud de la tarea y las ocupaciones del de Éfeso, más interesado en los trabajos de edición y crítica literaria. Sin embargo, sin este inventario, por somero que fuese, la colección reunida por los dos primeros Ptolomeos no habría resultado manejable en la práctica y los primeros trabajos de índole filológica no habrían sido posibles. Calímaco se habría servido en primera instancia de este registro para estudiar los manuscritos de la colección Lágida. Después emprendería una revisión de este inventario para obtener un registro de obras, no de ejemplares como el instrumento ideado por Zenódoto, que describía rollos de papiro, no los títulos que contenía. Tal vez fuese en este momento cuando Calímaco empezó a distanciarse del modo de organización de los rollos en la Biblioteca y confeccionase las *Pínakes* con el esquema que podemos presumir. Tal vez la organización definitiva de la Biblioteca se adaptase a este esquema en todo o en parte, aunque no se puede asegurar este extremo. Quizás las “*Tablas*”, tal sería la traducción actualizada de *Pínakes*, constituyesen un instrumento, mejorado a partir de un primitivo inventario, que nada tenía que ver con la disposición de los

¹³ Parsons (1952: 210-216), que realiza un concienzudo análisis de las reconstrucciones propuestas de las *Pínakes*, sugiere este esquema, ampliamente aceptado, aunque en ocasiones se considera demasiado exhaustivo. Por ejemplo Johnson (1970²: 57) recoge únicamente ocho de las diez clases que cita Parsons, eliminando las matemáticas y las ciencias naturales, acerca de las cuales, ciertamente, aquél sólo aporta conjeturas. Susemihl (1965: I, 337-339), por su parte, señala las divisiones de épica, drama, leyes, filosofía, historia, oratoria y retórica, y escritos misceláneos, y en su edición de Calímaco, Pfeiffer (1949: 349) menciona las clases dedicadas a los épicos, los líricos, los autores teatrales, los filósofos, los médicos, los oradores y los legisladores.

¹⁴ Entre ellos Schmidt (1922: 48); Gardthausen (1922: 5; 23); Susemihl (1965: I, 337-339) y Blum (1991: 187).

¹⁵ Así lo sugieren Pfeiffer (1949: 349) y Blum (1991: 226-236).

papiros; es decir, no eran el catálogo de la Biblioteca, aunque resultaban sumamente útiles para conocer sus contenidos y orientarse en la producción escrita que albergaba.

La innovación de Calímaco consistió, por una parte, en perfeccionar el sistema de organización de la librería real. Como sucede en todos los establecimientos bibliográficos de la Antigüedad, en el de Alejandría no se había logrado resolver una deficiencia de suma importancia desde un punto de vista bibliotecario: la ausencia de un recurso que permitiese una fácil localización de las obras, como ocurre modernamente con la signatura topográfica. Este inconveniente hacía de la búsqueda de papiros una tarea muy compleja cuya resolución debía dejarse en manos de la pericia de los bibliotecarios.

La solución que ensayó Calímaco para este problema fue hallar una ordenación adecuada de los rollos. Desde luego, cabían muchos tipos de clasificaciones: como las cronológicas, empleadas originalmente por los griegos, y las alfabéticas, de las que se encuentran ejemplos precisamente a partir del siglo III a.C. Sin embargo, el bibliotecario alejandrino afianzó su trabajo en las taxonomías aristotélicas y en la doctrina de las clases y la aplicación de la metafísica que fomentaba el Liceo. Desconocemos si con ello quiso facilitar la localización de los escritos, pero su trabajo contribuyó a resolver este problema. Calímaco diseñó un método en el que los textos ocupaban un lugar concreto en un esquema constituido por un género, el de los escritores eminentes, y diversas especies (la oratoria, las leyes, la filosofía, etc.). Estas clases no determinan la colocación de los escritos. Su importancia radica en que proporcionan una organización dentro de un conjunto según el asunto o materia de que éstos traten, ya que de la asignación del lugar –de la clase deriva la ubicación en un emplazamiento físico– se sigue el *eidos*, aquello de lo que tratan los textos y las relaciones que tienen entre sí. O sea, Calímaco no postuló la existencia de lugares naturales para los escritos. Efectivamente él, como Aristóteles, pensaba que las clasificaciones constituyen sólo una propedéutica que permite realizar más fácilmente discursos sobre ellos. Pero estaba convencido de que era posible proponer una ordenación que no fuese arbitraria si se diseñaba un esquema en el que los escritos se agrupasen en clases según su contenido.

7. Las Pínares como manual de instrucciones para el universo del libro

Como indicamos, las Pínares fueron un instrumento sumamente útil para la Biblioteca, aunque no constituyesen exactamente su catálogo. Permitían seleccionar los autores más sobresalientes, sus obras más relevantes y las copias manuscritas que se consideraban mejores y más fieles. Asimismo, ayudaban a localizar los papiros que eran objeto de búsqueda. En este sentido, las *Tablas* dieron relevo a un

tipo de bibliotecario, típico desde los lejanos tiempos de los reinos mesopotámicos, que se caracterizaba por su férreo control y su monopolio de la producción escrita. Por otra parte, permitían resolver los enormes problemas de acceso a la escritura que ocasionaba la penuria de textos en la Antigüedad. Así, si se deseaba hacer un discurso sobre Demóstenes, bastaba con consultar la clase correspondiente para averiguar los datos indispensables sobre este orador. O por el contrario, revisar la clasificación que comprendía la retórica para encontrar los autores que se dedicaron a este arte. Por eso, aunque la literatura se seguía recitando oralmente, Calímaco, en un proceso que afectó de modo global a su época, contribuyó poderosamente a modificar la práctica de la lectura vocal. Era suficiente ir a una biblioteca para tener un conocimiento más profundo de la tragedia, pongamos por caso, que en una representación. Bastaba, incluso, con consultar las *Pínakes*, que aportaban información sobre quién y qué había cultivado cada autor, cómo eran sus escritos, dónde y cuándo los había redactado, etc. Asimismo, y por otra parte, las *Tablas* podían constituir una herramienta imprescindible para establecer bibliotecas de los libros o copias que se vendían ya con normalidad, puesto que permitían reproducir la organización y el modo de trabajo empleado en Alejandría. La relación entre las *Pínakes* y la colección de rollos reunida por los Ptolomeos debió de ser tan profunda que el trabajo de Calímaco contribuyó poderosamente a potenciar el nombre de “Biblioteca” en el mundo grecorromano¹⁶. También podemos señalar que esta colonización de la memoria, que proyecta un espacio cultural para el nuevo mundo griego, ofrece al mismo tiempo una guía temática aplicable a una formación específica, incluso en el campo de la técnica o de la ciencia. De acuerdo con esta orientación, el sistema de orden de las *Tablas* hasta puede servirnos en el caso de pretender confeccionar programas de aprendizaje o de enseñanza: así, la Biblioteca, con la edición, ubicación y clasificación por géneros de los libros, inaugura el uso de éstos como textos en el campo de la educación general y concreta de todo aquel que lo pretenda.

Para Calímaco, los escritos no son un elemento aislado, más bien tienen una idiosincrasia dentro del conjunto de la Biblioteca, que por ello deja de ser un simple amasijo de rollos, cuya localización y conocimiento está reservada a la pericia del bibliotecario, para adquirir una entidad propia, dicha ésta palabra en el sentido aristotélico. Gracias al modo de organización y a las labores desarrolladas en Alejandría, que hemos comentado muy brevemente, la biblioteca de los Ptolomeos se convirtió en paradigma y en modelo para establecimientos más modestos que se fueron creando durante el Helenismo y el Imperio Romano. La de Alejandría fue la Biblioteca por antonomasia del mundo antiguo.

Pero hemos de tener en cuenta que, por más que nos pese, las *Pínakes* trasladan por escrito toda una organización del saber, que anteriormente sólo se hallaba en la

¹⁶ De la influencia de las *Pínakes* en la Antigüedad ofrece numerosos ejemplos Blum (1991: 182-225).

destreza filosófica y filológica del bibliotecario que se reflejaba en la organización específica de un lugar concreto, la Biblioteca, cuyo catálogo, obra también de su director, servía sólo de muda guía a través de cuartos y estanterías. Asimismo las fuentes para la formación y el trabajo filológico, situadas en la Biblioteca, sólo eran conocidas, de forma más o menos mágica, a través de la capacidad de selección, anotación y edición de los bibliotecarios. No cabe duda de que las *Pínakes*, y no un incendio, fueron las que convirtieron la Biblioteca y la Filología, respectivamente, en un lugar y en un arte a disposición de todo aquel que dispusiese de medios económicos, tiempo y capacidad mental para estudiarlos y desarrollarlos.

8. La evolución del término *bibli ioqhkh*

Los cinco fragmentos a los que aludíamos al principio, pertenecientes a Séneca, Aulo Gelio, Dión Casio, Amiano Marcelino y Orosio, ofrecen la particularidad de recoger las distintas acepciones que los autores grecorromanos dieron al término *bibli ioqhkh*¹⁷. Las referencias más antiguas de este vocablo proceden de la Comedia antigua, concretamente de Cratino y de Éupolis. Ambos cómicos emplearon biblioteca en dos sentidos que se prologarán durante buena parte de la Antigüedad. El uso del *bibli ioqhkh* en Cratino¹⁸ hay que relacionarlo con *αφο-qhkh*. La unión de ambos vocablos en un solo término, indica que Cratino entiende por biblioteca un lugar específico para colocar los rollos de papiro, fundamentalmente una estantería. Es posible que este significado sea el original con equivalencia incluso entre los antiguos egipcios¹⁹. Tuvo también amplio predicamento entre los escritores clásicos, por ejemplo, Luciano, *Adv. Indoct.*, 5, también en *Digesta*, XXXIII, 7, 12 y 34, e Isidoro, *Etimologías*, VI, 3, 1.

Según se deduce de Éupolis²⁰, el vocablo se usó también para designar el lugar en el que se vendían libros: de tal actividad “biblioteca” adquirió probablemente el significado de “colección de rollos”,²¹ que aparece, entre otros, en Polibio, 12, 27,

¹⁷ Una información muy completa sobre este particular se encuentra en Dziatzko (1958: col. 405-406) y en Wendel y Göber (1955: III, 52-54).

¹⁸ *Fragm. 11 Kock apud Pólux. Onomástico*, VII, 211.

¹⁹ Canfora (1998: 134-149). A partir de las evidencias arqueológicas y de las fuentes griegas, Canfora juzga la posibilidad de que para los egipcios la biblioteca de los templos sea tan sólo la estantería, balda o anaquel en que se ubican los papiros.

²⁰ *Apud Pólux. Onomástico*, IX, 47.

²¹ Así lo cree Dziatzko (1958: col. 405). Muy probablemente derive de aquí la utilización de “biblioteca” para designar algunas creaciones literarias, por ejemplo, *Biblioteca* de Apolodoro, de Diodoro o de Focio. Se trataría en este caso de interpretar el término como una colección de textos en vez de papiros. A menudo se olvida que lo que nosotros entendemos hoy por libro era precisamente un conjunto ordenado de rollos. De ahí la confusión entre biblioteca empleada en el sentido de colección de textos y de reunión de rollos. Más tarde volveremos sobre este asunto.

4, Estrabón, XIII, 1, 54 y Posidonio, 41, aunque no se pueda descartar que este sentido derive también de la idea de “biblioteca” como “lugar donde se conservan los papiros”, es decir, una recopilación de rollos colocados en una o varias estanterías o armarios.

9. Las alternativas de Plutarco

Así pues, la polisemia del vocablo debió de ser motivo de confusión en la Antigüedad, como atestigua *Digesta XXXII, 52, 7*²². El problema que plantea el pasaje que estamos comentando de Plutarco es que el biógrafo parece entender que el fuego, propagado desde el puerto, destruyó la biblioteca alejandrina. Caben varias posibilidades para interpretar esta afirmación:

a) La Biblioteca estaba situada cerca del puerto y fue devastada por un incendio que se originó en un lugar próximo a ella.

b) La colección de rollos reunida por los Ptolomeos había sido trasladada a las instalaciones portuarias en su totalidad y allí resultó destruida.

c) El fuego asoló la colección Lágida de papiros, ubicada fuera del puerto, en un incendio que habría afectado al barrio donde se hallaban la mayor parte de los edificios reales: el *Brucheion*.

Sin embargo, ninguna de estas hipótesis es suficientemente plausible. Se acepta comúnmente que la Biblioteca de Alejandría ocupaba un área de la parte noble de la ciudad y es muy improbable que dispusiese de un edificio propio. En su descripción de la capital Lágida, Estrabón, XVII, 1, no menciona el establecimiento bibliográfico y únicamente hace alusión al *Mouseion*, una fundación real, también debida a Ptolomeo I, que era al mismo tiempo un santuario de las Musas, una hermandad o cofradía y una asociación de estudios que impulsó las investigaciones en numerosas ciencias. La falta de una referencia a la Biblioteca en Estrabón se debe a que, para un griego de la época, *bibl ioqkh* difícilmente significa todavía más que la propia colección de rollos o el armario o estantería donde almacenar los papiros. La más célebre biblioteca de la Antigüedad, la Biblioteca por antonomasia, consistió tan solo en unos depósitos en los que se acumulaban los manuscritos. Como en Pérgamo, tal vez estos depósitos estaban anejos a un pórtico que hacía las veces

²² Pasaje en el que, por cierto, se alude también a la nueva significación de *bibl ioqkh* cuyo origen vemos en Plutarco. Dicho pasaje dice así: “(...) pero cuando se lega una biblioteca hay que preguntar si se da a entender sólo un armario o armarios o también los libros. Nerva dice elegantemente que importa lo que el testador había sentido: pues puede darse a entender un lugar ‘voy a la biblioteca’: otras veces un armario, como cuando decimos ‘he comprado una biblioteca’: otras, libros, como cuando decimos ‘comprara una biblioteca’ Así pues, de lo que escribe Sabino no se deduce que una biblioteca sean los libros, no es verdad siempre, pues también deben ser así los armarios que la gente llama bibliotecas”. La traducción es nuestra.

de sala de lectura para los miembros del Museo. Esta estructura se encontraba agregada a otro edificio, probablemente el Museo o, según el erudito bizantino Tzetzes, el recinto real²³.

La posibilidad de que la colección completa de la Biblioteca se encontrara en el puerto es muy remota. Se ha supuesto en ocasiones que César había pretendido exhibir la colección de los Lápidas en Roma como parte de su triunfo²⁴ tras la victoria en la Guerra de Alejandría²⁵. Tal vez César pensara encargar a Varrón la organización de una biblioteca pública en Roma, proyecto que fracasó a la muerte del dictador en 44 a.C., según informa Suetonio, I, 44, 2, a la que tal vez estuvieran destinados los rollos conseguidos por él en la capital egipcia. Sin embargo, es seguro que esa operación, de haber sido proyectada así, no se llevó a cabo. Además, ninguna fuente antigua habla de un traslado de la colección completa de los Lápidas a la capital de la República y de haber existido se limitaría a algunos manuscritos seleccionados, lo que es menos improbable. Por lo tanto, esta hipótesis no confirma las palabras de Plutarco.

No se tiene noticia de un incendio de una magnitud tal que hubiese asolado el *Brucheion* durante la Guerra Alejandrina. Ninguno de los testimonios antiguos, que abarcan desde el propio Julio César, *Guerra Civil*, III, hasta Orosio, ya citado, pasando por el autor de *Bellum Alexandrinum*, Estrabón, ya citado, Livio, que se sepa, Lucano, X, 491-505, a quien se debe la descripción más poética y detallada del incendio, Floro, *Epítome*, II, 12, y Apiano, II, 13, mencionan tal devastación. Por lo tanto, tampoco esta hipótesis es digna de ser tenida en consideración.

Así pues, hay que descartar la propagación de un fuego que hubiese asolado la colección de manuscritos reunida por los Lápidas. A lo sumo, pudo haberse producido una pérdida de algunos rollos almacenados en el puerto, tal vez para ser trasladados a Roma o porque éste era el lugar habitual para depositarlos hasta pasar a su dependencia definitiva en el Museo²⁶. ¿A qué se debe, entonces, la tajante afirmación de Plutarco acerca del incendio de la Biblioteca?

²³ Sobre la organización física de la Biblioteca de Alejandría, véanse Fraser (1972: I, 324-325); Dziatzko (1958: col. 411-412); Canfora (1998: 72-77; 145).

²⁴ La celebración por una victoria notable que se otorgaba a un general romano incluía un desfile hasta el templo de Júpiter Capitolino con el botín adquirido en la guerra.

²⁵ El primero que emitió esta hipótesis fue G. Parthey. *Das Alexandrinische Museum*. Berlin, 1838: 32-33. Aunque difícilmente se sigue esta circunstancia de los testimonios antiguos, hoy se la reconoce casi universalmente. Véanse, por ejemplo, Dziatzko (1958: col. 411); Schmidt (1922: 35); y Parsons (1952: 273-319), con abundantísima información.

²⁶ Existe un testimonio de la Antigüedad que da pie a este juicio: Galeno, en *In Hippocratis librum III epidemiarum commentarii*, III, 17a, 607, 1-4 Kuehn, transmite la noticia de que las adquisiciones de rollos que realizaban los Ptolomeos se apilaban en algunos edificios antes de ponerlas a disposición de los bibliotecarios. Bien podían ser los del puerto, por donde llegaban a Alejandría las importaciones de manuscritos y se exportaban papiros al resto del mundo antiguo.

La hipótesis que vamos a manejar es que el biógrafo griego emplea el término *bibl i oqhkh* en un sentido nuevo que va a coexistir durante un tiempo con los tradicionales. Probablemente, Plutarco cometiese un error al recoger un testimonio que hablaba del incendio en unos almacenes del puerto que contenían rollos, a los que confundió con la librería real. Un pasaje de Dión Casio (XLIX, 43, 8; LIII, 1, 3), que aún designa a las bibliotecas fundadas por Augusto con la expresión ‘*ἀφο- qhkaV twx bibl íwn*’, confirmaría esta hipótesis. Pero, evidentemente, Plutarco, que habría visitado la Biblioteca durante su estancia en Alejandría, tenía que saber que no se produjo una devastación de tal magnitud como la que se desprende de sus palabras. Tampoco podía albergar dudas sobre la ubicación de la Biblioteca, que no se hallaba en el puerto, ni sobre los daños reales que habría provocado el incendio en la parte septentrional de Alejandría. Desde luego, también debía de saber que la Biblioteca no poseía un edificio propio y en todo caso, si hubiese pretendido decir que en tal incendio se perdió la totalidad o una parte de la colección Lágida, habría enumerado los rollos, como hacen Séneca, Gelio, Amiano y Orosio.

Nos parece que la única explicación plausible es suponer que Plutarco entiende *bibl i oqhkh* en un sentido nuevo y que mediante él ya no se refiere a un lugar excepcional y único, creador de un espacio nuevo relativo al saber y a la difusión del conocimiento por medio de la producción organizada y de la edición de textos, esto es, lo que fue el invento conocido como “Biblioteca de Alejandría”, aunque es indudable que alude aquí a ella pero sólo para confirmar su deterioro como foco exclusivo en la irradiación de lectura. Sin duda alguna, este establecimiento ligó poderosamente su nombre al espacio que produjo lo que podíamos denominar “pensamiento griego” o “cultura griega” a través de los textos y de la redacción de comentarios. Esta conexión entre un determinado lugar (Alejandría), el libro y el espacio o ámbito del saber supone almacenamiento, organización y ubicación de datos, informaciones y denominaciones, que fueron consecuencia del nuevo giro que brindaron las *Pínakes*: ahora *bibl i oqhkh* es nombre común para una entidad determinada. Así es el camino que ha seguido la Biblioteca a partir de su utilización primitiva para designar un edificio que alberga rollos de papiro manuscritos. El hecho de que, como se observa en Dión Casio²⁷, *qhkh* sirva para aludir tanto a un almacén o depósito como a una estantería y que el mismo Plutarco, en *Vida de los diez oradores*, 841f, se refiera a una construcción determinada –el *Metreon*– que sirve de depósito a la colección ática de las tragedias, indujo posiblemente al bió-

²⁷ Confusión que persiste en el pasaje de *Digesta* citado anteriormente. Tiempo después de Plutarco, Ateneo aún sigue utilizando el sentido de colección. En V, 203e (Perì dè bibl íwn pl hqouV kai bibl i oqhkwv kataskeuhx kai thx eiV tò Mouseíon sunagwghx tí deí kai légein, pási toutwn oútwv katà mnhmhn). Preferimos traducir “colección”, puesto que resulta más lógico al haber hablado previamente del número de libros: “Por lo que respecta a la cantidad de libros, la organización de las colecciones y del conjunto del Mouseion, ¿qué podría añadir que no fuera conocido por todos?”.

grafo griego a utilizar el vocablo *bibliothēkhē* para designar una construcción y después a transformar el sentido del término hacia el de entidad concreta. Plutarco inaugura un uso institucional del término y ve en la Biblioteca de Alejandría una entidad bien definida y configurada²⁸ creada por Ptolomeo I y cuyo renombre había ido acrecentándose en el mundo antiguo, según hemos intentado retratar en las páginas precedentes, gracias al apoyo de los monarcas, al eficiente trabajo de los bibliotecarios y a la decisiva participación de la propia Biblioteca en la propagación de la civilización helenística por las tierras gobernadas por los Lágidas. Por todo ello, la librería real adquirió la condición de modelo para el establecimiento de nuevas bibliotecas en el mundo antiguo, como Pérgamo, por ejemplo. Ni siquiera Roma escapó a esta fascinación, si tomamos seriamente la posibilidad de que César quisiese trasladar parte de la colección a Italia. Sin duda alguna, para Plutarco *bibliothēkhē* es ya un artificio perfectamente conectado con la producción cultural alejandrina, es decir, griega, y no ya exclusivamente con su primitiva ubicación en la capital egipcia. De hecho hay referencias en las que utiliza el término en este sentido: *Vida de Marcelo*, 30, 10, 1-11, 3; *Vida de Lúculo*, 42, 1, 1- 42, 3, 9; *Vida de Sila*, 26, 1, 1-2, 8. Tal vez la diferencia que establece con la Biblioteca de Alejandría es recogida simplemente por alusión a su magnitud como concesión a su papel originario: así dice *θηράμεγάλην βιβλιοθήκην* en el pasaje de la *Vida de César* que estamos comentando.

Pero poco más podríamos obtener de precisiones técnicas a partir del análisis terminológico. En primer lugar, si bien es verdad que la alusión a la magnitud que hemos comentado sólo aparece en este uso de *bibliothēkhē*, la verdad es que esta palabra sólo aparece las cuatro veces que arriba hemos citado, aunque sean lo bastante claras como para mostrar la familiarización con el uso corriente.

En segundo lugar tenemos el verbo empleado en la frase: *διέφθειρε*. Este verbo en voz pasiva se usa efectivamente para indicar que algo “es destruido” completamente. En voz activa es usado en las *Vidas* generalmente para “matar”.²⁹ En cambio, para señalar una pérdida o para indicar “destruir” en el sentido de “arruinar por completo” o “devastar” prefiere *ἀπόλλυμι*, cuyo uso para “matar” también

²⁸ Las denominaciones de la Biblioteca en la Antigüedad no sugieren esta naturaleza hasta la dada por Plutarco, que recogió Galeno, *In Hippocratis librum III epidemiarum commentarii*, III, 17a, 606, 3 Kuehn; y en una inscripción de Pafos (Dittenberger, *Or.Gr.Inscr.Sel.* 172). Entre tales denominaciones están: la Biblioteca (sbr. colección) del Rey (*Carta de Aristetas*, II, 9; Galeno. *In Hippocratis librum III epidemiarum commentarii*, III, 17a, 608, 8 Kuehn; 17a, 619, 5 Kuehn), la Biblioteca (sbr. colección) del Museo (Apolon. de Rodas, *Vita* II, 51,11 West); la que está dentro del templo y del palacio (sbr. ‘apotheka’) (Tzetzes, *De com.Gr.*31,1 ss. Kaib.), la Biblioteca (sbr. colección) del Brucheion (Epifanio, 166 B). Cf.: la primera (Epifanio, 166 B).

²⁹ Así en *Vida de Teseo* 8,3,2; 13,3,3; 35,7,1. *Vida de Licurgo* 28,4,1. *Vida de Solón* 9,7,3, etc. En *Vida de Camilo* 24,5,1 el sujeto de este verbo es “el fuego” (*τὸ πῦρ*), sin embargo el sentido es asimismo “matar”.

se alterna en las *Vidas* con otros verbos similares³⁰. En *Vida de Publícola* 15,1,4 se habla de un templo que quedó completamente destruido por el fuego y la forma verbal que se emplea es precisamente ἀϑωλῆσε. No hay precedente en las *Vidas* de otro uso para señalar “destrucción completa”. En la de *César* hay precedentes abundantes del verbo διαφθεῖρειν para “matar”.³¹ Incluso se usan ambas formas verbales para contraponer “matar” al enemigo a “perder” soldados propios.³² Así que sólo cabría referir la frase en cuestión a la destrucción de la exclusividad de la fundación alejandrina, pues no olvidemos que la esencia de la misma desde un principio era atesorar los originales como la auténtica “entidad”, la obra del autor, de la que se obtenía el libro o edición como “copia”. Realmente esta función era irrepetible, de manera que un depósito de originales para su estudio sólo se podía vincular al antiguo significado de *bibl ioqkh*.

Pero hay otra prueba que permite pensar que el término *bibl ioqkh* ha dejado de designar sólo una colección de rollos o el lugar donde se depositan los papiros. El testimonio de diversas inscripciones, algunas coetáneas de Plutarco y otras ligeramente posteriores, permite pensar que el vocablo ha sufrido la transformación a la que nos referimos. Desde esa época, poco más o menos, las bibliotecas empiezan a ser ofrendadas a un dios o se dedican a un personaje notable de un modo que invita a pensar que el objeto de este acto no es meramente una colección de rollos o una construcción determinada. Un buen ejemplo está en I.G.² IV, 1, 456, inscripción datada en el siglo II d.C.

También los escritores aluden a la fundación de bibliotecas: lo que prueba que la palabra que antaño servía para designar estanterías se emplea ahora para mencionar una institución bien definida. Estrabón, en quien ya hemos indicado el uso de *bibl ioqkh* como colección, no fue ajeno a esta transformación, según se constata en XIII, 4, 2. Algo similar ocurrirá en la lengua latina con Vitruvio, *De architectura*, VII, proem., 4.

Por otra parte, curiosamente el término *bibl ioqkh* va a ser utilizado a veces de una manera un tanto excepcional para señalar la capacidad productiva del propio establecimiento alejandrino como laboratorio cultural en la dirección inaugurada por Calímaco. Así, se aplica como título a escritos compuestos mediante resúmenes de informaciones amplias y dispersas por diferentes obras, como es la *bibl ioqkh* de Diodoro Sículo, la única obra sobre historia universal escrita en griego en la

³⁰ Según el Léxico de LSJ tienen ambos verbos un sentido muy semejante. Cabe sin embargo aproximar διαφθεῖρειν a “destruir” (*destroy utterly*) en la idea de “arruinar”, cercana al sentido moral de “corromper” (*corrupt, ruin*) que también tenemos en Plutarco (por ejemplo, en *Vida de Camilo* 15,5,4). Por otra parte, ἀπόλῃμι sería también “destruir” (*destroy utterly*), pero cercano a “arruinar por completo” (*demolish, lay waste*).

³¹ Así en: 15,5,7; 20,5,4; 24,3,1; 24,7,3, entre otros.

³² En 56,3,3.

Antigüedad³³. Otra es la *bibliothekē* del Pseudo Apolodoro, obra del siglo I o II d.C.³⁴ que recoge toda la información que sobre mitología aparece en los diferentes autores griegos. Por último, tenemos la *bibliothekē* de Focio, en el siglo IX d. C., un conjunto de 280 secciones, cada una de las cuales dedicada a un libro del que el arzobispo, su lector, ofrece una completa y cuidada reseña³⁵. Esta utilización, más próxima al contenido y al universo espacial del conocimiento al que nos estamos refiriendo como creación del invento bibliotecario, confirma la expectativa cultural tal vez más próxima a nosotros en lo que se refiere al uso común del término.

Pero ¿por qué Plutarco habló de la destrucción de una biblioteca que él mismo habría visitado durante su estancia en Alejandría? Una respuesta que podemos aventurar es que tal vez él, conocedor tan profundo de la historia griega y atento espectador de los sucesos de su época, fue consciente de que los turbulentos tiempos de la dictadura cesariana supusieron la ruina definitiva del reino Lágida y de un mundo, el helenístico, fuera del cual la Biblioteca no podía, ni debía, representar el mismo papel que había desempeñado en los tres siglos anteriores: contribuir a la propagación del Helenismo. Probablemente Plutarco quisiese dejar constancia de una transformación que afectó a la Biblioteca en la medida en que pasó a ser referente de una nueva forma de entender la escritura. Tal vez ya utilizaba biblioteca para cualquier conjunto de libros susceptible de una organización espacial por géneros y especies. A principios de nuestra era se consagra un modo de hacer literatura cuya raíz se encuentra en los propios alejandrinos, como hemos visto que hicieron Pseudo Apolodoro y Diodoro Sículo. Los autores antiguos adquieren un valor intrínseco como base para la elaboración de una escritura en la que predominan las antologías, los florilegios, las crestomatías, de la cual la figura de Plinio es un perfecto ejemplo. Esta literatura, constantemente reescrita, se adapta a la preponderancia política de Roma, pero respetando la primacía cultural griega. En todo caso, Plutarco señala el final de un modo de producción y control de la lectura que había sido capaz de extender y propagar el mundo griego y que Calímaco había enseñado a superar.

Sin embargo, hemos de reconocer que la supuesta confusión propiciada por Plutarco sobre una devastación que no llegó a tener lugar, si mantuviéramos la referencia auténtica del término, es fiel testigo de la importancia que la Biblioteca de Alejandría tuvo para los antiguos griegos y romanos. De este modo nació un significado para el vocablo *bibliothekē* menos humilde que el de estantería o el de reunión de rollos, pero asimismo alejado de la entidad genética de la industria del libro como herramienta filosófica y política.

³³ Así la considera Lens Tuero (1988: 936).

³⁴ Sobre la fecha y la atribución de esta obra, véase Drury (1990: 875).

³⁵ Véase la exposición de Bernabé (1988: 1199).

Referencias bibliográficas

Fuentes

- AMIANO MARCELINO. *Histoire*, III: livres XX-XXII. Texte établi, traduit et anoté par J. Fontaine. Paris, Les Belles Lettres, 1996.
- AULO GELIO. *The Attic Nights of Aulus Gellius*, 3 vol. With an English Translation by J.C. Rolfe. London, William Heinemann, 1960.
- CALIMACO. *Callimachus*. Edidit Rudolfus Pfeiffer. London, Oxford University Press, 1949-1953.
- CASIO, DION. *Cassii Dionis Cocceiani Historiarum Romanarum quae supersunt*, 3 vols. Ed. U.P. Boissevain. Berlin, Weidmann, 1955. (Orig. 1895-1901).
- ÉUPOLIS. 'Fragmenta'. En *Fragmenta comicorum Graecorum*, vol. 2.1. Ed. A. Meineke. Berlin, De Gruyter, 1970 (Orig. 1839).
- GALENO. *In Hippocratis librum III epidemiarum commentarii*, III. Ed. E. Wenkenbach. Leipzig, Teubner, 1934.
- PAULO OROSIO. 'Historiarum adversum paganos'. En *Paulo Orosio: su vida y sus obras*. Introducción, traducción y notas de C. Torres Rodríguez. La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1985.
- PLUTARCO. *Plutarchi vitae parallelae*, vol. 2.2: *Caesar*. Ed. K. Ziegler. Leipzig, Teubner, 1968.
- POLIBIO. *Histoires*, vol. V. Texte établi et traduit par P. Pedech. Paris, Les Belles Lettres, 1977.
- SAN ISIDORO. *Etimologías*, 2 t. Edición a cargo de J. Oroz y M.A. Casquero. Madrid, La Editorial Católica, 1983.
- SENECA, Lucio Anneo. *Diálogos*. Edición preparada por C. Codoñer. Madrid, Editora Nacional, 1984.
- SOURCES on the earliest Greek Libraries with the testimonia*. Ed. Jenö Platthy. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1968.
- SUETONIO. *Vida de los doce césares*, t. I. Introducción general de A. Ramírez de Verger; traducción de R. M. Agudo Cubas. Madrid, Gredos, 1992.

Estudios

- BERNABÉ, Alberto (1988). "Transmisión de la literatura griega". En: López Férez, Juan Antonio. *Historia de la literatura griega*. Madrid, Cátedra, pp. 1189-1207.
- BLUM, Rudolf (1991). *Kallimachos: The Alexandrian Library and the Origins of Bibliography*. Traducción de H. Wellisch. Madison, University of Wisconsin. (Orig. 1977).
- CANFORA, Luciano (1998). *La biblioteca desaparecida*. Traducción de X. Llano Caelles. Gijón, Trea. (Orig. 1986).
- CAVALLO, Guglielmo (1989²). 'Introduzione' a *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*. A cura de Guglielmo Cavallo. Roma, Laterza, pp. VII-XXXI.

- CHADWICK, J. (1973²). *El enigma micénico: El desciframiento de la Lineal B*. Versión española de E. Tierno Galván. Madrid, Taurus. (Orig. 1958).
- DRURY, M. (1990). "Apéndice de autores y obras". En: Easterling, P.E. y Knox, B.M.W. *Historia de la Literatura Clásica, I Literatura Griega*. Traducción de F. Zaragoza. Madrid, Gredos: 775-942. (Orig. 1985).
- DZIATZKO, C. (1958). 'Bibliotheken'. En Georg Wissowa (hgrs.). *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaften*, V, col. 405-424. Stuttgart, Alfred Druckenmüller. (Orig. 1897).
- FRASER, P.M. (1972). *Ptolemaic Alexandria*, 3 t. London, Oxford University Press.
- FRIEDLANDER, Paul (1989). *Platón: Verdad del ser y realidad de vida*. Traducción de S. González Escudero. Madrid, Tecnos. (Orig. 1928).
- GARDTHAUSEN, Victor (1922). *Die Alexandrinische Bibliothek: Ihr Vorbild, Katalog und Betrieb*. Leipzig, Deutsches Museum für Buch und Schrift.
- JOHNSON, Elmer D. (1970²). *History of Libraries in the Western World*. Metuchen, N.J., The Scarecrow Press.
- LENS TUERO, Jesús (1988). "Historiografía helenística". En: López Férez, Juan Antonio. *Historia de la literatura griega*. Madrid, Cátedra, pp. 907-948.
- PARSONS, Edward Alexander (1952). *The Alexandrian Library: Glory of the Hellenic World, Its Rise, Antiquities and Destruction*. London, Cleaver-Hume.
- PFEIFFER, Rudolf (1981). *Historia de la Filología clásica, I: Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*. Traducción de J. Vicuña y M.R. Lafuente. Madrid, Gredos. (Orig. 1968).
- PFEIFFER, L.D. y WILSON, N.G. (1986). *Copistas y filólogos: las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*. Traducción de M. Sánchez Mariana. Madrid, Gredos. (Orig. 1968).
- SCHMIDT, Friedrich (1922). *Die Pinakes des Kallimachos*. Berlin, Emil Ebering.
- SUSEMIHL, Franz (1965). *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, 2 Bd. Hildesheim, Georg Olms. (Orig. 1891).
- SVENBRO, Jesper (1998). 'La Grecia arcaica y clásica: La invención de la lectura silenciosa'. En G. Cavallo y R. Chartier (dir.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Traducción de M. Barberán. Madrid, Taurus, pp. 57-93. (Orig. 1997).
- VLEESCHAUWER, H.J. de (1963). 'History of Western Library, I: History of the Library in Antiquity'. En *Mousaion*, 71, pp. 32-99.
- WENDEL, Carl y GÖBER, Willi (1955²). 'Das griechisch-römische Altertum'. En Fritz Milkau (ed.). *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, 3 bd. Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1953-1965, pp. 51-145.
- WILAMOVITZ-MOELLENDORFF, Ulrich von (1965). *Antigonos von Karystos*. Berlin, Weidmann. (Orig. 1881).
- WRIGHT, H.C. (1978). *The Oral Antecedents of Greek Librarianship*. Provo, Utah, Brigham Young University Press.